

**Premio "Flor Natural"**  
**XXXIV Justas Poéticas Castellanas**  
**de Laguna de Duero, 2005**

**AHORA VAMOS A HABLAR**

Vicente Martín Martín

1

Hace ya mucho tiempo  
que el frío no me cabe en los bolsillos  
y es que llevo en la piel las orfandades  
de todos los inviernos.  
Tengo toda la estancia navegada  
de arrayanes en flor, casi ateridos,  
veo  
golondrinas de lluvia en las miradas,  
veo  
glaciares que tiritan como amígdalas  
y al fondo de un relámpago de nieve,  
colgado de la luz como un carámbano  
que quisiera volar hacia sí mismo,  
el corazón,  
las alas  
y el silencio  
de un pájaro invertido

2

Nacimos a destiempo, nos nacieron  
cuando el día era sólo un envoltorio  
repleto de sorpresas y en el cielo  
los cometas jugaban al parchís,  
nacimos sin edad, y las mañanas

llegaban de puntillas, silenciosas,  
a vestirse de luz en los ciruelos.  
Por eso hemos crecido tan deprisa,  
tan vertical,  
tan recto hacia las sombras  
que ya nada  
de nuestra realidad nos pertenece.  
Como si de repente un fogonazo  
te cegara los ojos y al abrirlos  
te enteras de que estás en otro sitio  
y la casa  
los muebles  
y el jardín,  
todo cuanto has amado y has querido,  
tus pájaros, tus flores, tus amigos,  
han desaparecido.  
Una lluvia muy breve nos recuerda  
que el tiempo gira en círculos:  
miramos hacia fuera  
y en medio de la calle  
nos espera el camión de las mudanzas.

3

Os cuento que hubo un día,  
-fue en uno de esos días que te vienen  
desde un lugar del mundo en que no sabes  
qué latitud de corazón existe  
ni qué tabla de amar cuenta los ciclos  
que rigen las mareas-,  
un día en que intenté cambiar de sitio la esperanza  
como se cambia un mueble, como cambia  
de dirección el viento.

Y entonces pregunté:  
¿Dónde habita la gente?  
¿Dónde lloran y ríen y se abrazan  
las personas que habitan este pueblo?  
¿Dónde vuelan los niños sus cometas?  
¿Dónde dan los ancianos panecillos  
de sol a las palomas?  
Aquí no vive nadie, me dijeron,  
aquí no quedó nadie...  
y sólo vi abedules por la calles,  
abedules sin brillo, con las hojas  
de enmohecida alpaca  
y una ciudad proscrita,  
ahora sombra,  
recién eternidad expedientada.  
Os cuento que ese día comprendí  
que también se me había olvidado andar.  
Y me dije a mí mismo: ¿a qué espero?,  
hay que aprender de nuevo.

4

Has tenido un mal sueño y te levantas  
frotándote los ojos,  
te tomas un café, luego te asomas  
con tu dolor de alcoba a la ventana  
y ves cómo la calle está vacía:  
no hay farolas, no ladra ningún perro,  
no hay aristas de acero empuñando en las esquinas,  
los árboles del parque no hacen sombra  
ni está esa mujer gorda que gritaba  
groserías de azufre a los chavales.  
Nada existe y el viento sólo mueve  
marionetas que inventan cada tarde  
su zoco artesanal de hipocresía.

Todo ha sido un mal sueño y ahora sabes  
que las cosas no existen porque sí,  
que la piedra no es piedra porque esconde  
su aflicción de granito en las entrañas,  
que no se hace de noche a mediodía  
por taparse los ojos, ni amanece  
porque alguien enciende una cerilla,  
que no, que nada ocurre  
siguiendo una costumbre y sin quererlo,  
que las cosas empiezan a ser cosas  
en el mismo momento en que tu voz,  
decide que las nombra.

Y cuando dices agua, de repente,  
aparece la lluvia, cuando invocas  
al mar y a las estrellas es posible  
dimensionar el tiempo, cuando hablas  
de distancias, de lejanos países,  
de archipiélagos, de ríos y montañas  
estás pintando un mapa y si mencionas  
horizonte, arboleda o melodía  
alguien siente en las palmas de sus manos  
un caliente aleteo de gorriones.

Sí,  
te ha sido necesario este mal sueño  
para aprender, al fin, que cada cosa  
lo es  
cuando se nombra.

5

Ahora vamos a hablar. Como si fuera  
medio minuto antes de que alguien  
dibujara los ríos o los mares  
antes del primer huérfano,  
antes de las primeras hogueras de la tarde,

**Premi**  
**XXXIV**  
**Lagun**

como si fuera incluso mucho antes  
de que fueran la voz y la palabra.  
Y tú  
tendrías que inventarme,  
deberías  
escribir en mi piel con una tiza  
los espacios en blanco que te encuentres,  
deberías  
contar todos los besos, las caricias  
y todos los murmullos y temblores  
que dejaron tus labios y tus manos.  
Y yo,  
tendría que nombrarte, te pondría  
un nombre de país,  
o de ciudad,  
no sé,  
tal vez te llamaría mejor lluvia,  
o nieve o vendaval, una palabra  
que no acabe por ese,  
que no tenga morfemas en plural:  
sí,  
mucho mejor un nombre  
que no pueda habitarse, que no pueda  
decirse ni mancharse:  
te llamaría instante.  
Vamos a hablar a tientas  
con la única luz que desprendan nuestros labios.

Tamp  
corto. Cr  
literatura  
veces, ext

Sin d  
redacción  
lucir una  
cara a las  
de las mi

*Primer Premio del  
XXV Certamen de Cuento Corto  
de Laguna de Duero*

*EL PROBLEMA DE CHUS*  
Eva Barro García

- Pues ya ve usted, Don Alejo, que tengo un problema y de los gordos.
- Venga, hombre, no será para tanto.
- Ya le digo. Ni el cura, D. Alejo, ni el cura supo darme respuesta.
- Así que has hablado con D. José...
- Hablar, hablar... yo sí, lo que él me dejó. Pero nada.
- Es que D. José anda siempre tan liado...
- ¡Qué va! Aparte de las dos misas, algún funeral y la partida donde Carolo, no le veo yo otro empleo. A no ser que se refiera usted a lo otro...
- ¿Qué otro, Chus?
- Hombre... ¡qué va a ser! ... lo de las siestas...
- Mira que sois... ¡quién te habrá metido en la cabeza tal infamia!
- Yo me callo, pero anda en todas las bocas lo de la Fina y el cura.
- Esa taberna del Carolo es la antesala del infierno... hay que ver... y hay que oír... ¡pobre D. José!
- No me hable del infierno, D. Alejo, que menudo problema tengo yo allí.

D. Alejo, el boticario, interrumpe su labor de colocar cajitas de colores en los estantes. También deja de apuntar en unas hojas grandes los nombres de los medicamentos, y aún con la pluma en la mano, se encara con el viejo y le presta su atención por encima de las gafas. Chus arruga la boina raída entre sus garfios deformados por la artrosis, apoya su menuda figura con el codo sobre el mostrador de madera para que la pierna izquierda no le duela demasiado y manteniendo baja la cabeza, un poco por la encorvadura de la espalda y otro poco por el respeto, levanta las cejas para elevar la vista, de reojo, hasta la calva de D. Alejo, de quien espera una solución al dilema que le interrumpe el sueño desde hace dos semanas.

- ¡No me digas!
- Ya ve. Que después de toda una vida trabajando, ahora resulta que no puede uno ni morirse.
- ¡Vaya! Esa sí que es buena... Pues no te mueras, hombre, que eso es lo último que se hace y no parece que tenga demasiado futuro.
- Bueno, si usted también va a reírse...

- Dios me libre... nada hay tan cierto como la muerte. Por eso es odiosa, la maldita.

- Aquí hace un frío del carajo.

- Ya, es que el Antoñito está con gripe y como él es el que entiende la caldera...

- El Antoñito... ¡qué sabrá él! Si usted me deja...

- ¿Encender la calefacción?

- ¡Claro! No hubo mejor fogonero en todo el valle... ni en el extranjero... y aunque los huesos van torpes... todavía...

- Pero no te manches que tu hermana después...

- ¡Bah! A ver... la antracita, las astillas, los troncos... un periódico viejo, D. Alejo. No hacen falta cerillas, llevo yo el mechero.

El pequeño anciano revive. Su aturdimiento se despeja, como nubes de verano, ante la imagen del buen fuego que va a crear y se cuele sin dilación atravesando la rebotica, con los ojillos brillantes. Toma posesión de recinto con la seguridad del mejor profesional, que lo fue, y calándose la boina abre las compuertas férreas del artificio que ha de calentar los locales de la farmacia y la vivienda que está encima, en el primer piso. Los radiadores, pintados de purpurina plateada, se estremecen ante la perspectiva de que el agua caliente recorra sus entrañas en la fría víspera de Nochebuena. El boticario sonríe bonachón, y complacido ante la circunstancia de calentarse, a la que había renunciado cuando le avisaron de la fiebre del mancebo, porque él siempre ha sido incapaz de sacarle nada a aquel armatoste, a lo sumo, conseguía mantenerla viva alimentándola de vez en cuando con paletadas de carbón y algún leño seco.

- Hombre, D. Alejo, si está llena de ceniza...

- ¿Y qué?

- Pues que hay que limpiarla, hombre... tiene costeros hasta el recodo... pobre caldera... no, si todavía pretenderá que prenda y todo... ¡qué barbaridad! Ande, tráigame el cubo de la ceniza.

Chus se transforma. Ya no es el temeroso y diminuto cuerpecillo arrugado que vino a pedir consejo a uno de los sabios del pueblo. Ante su altar particular, arrodillado, oficia con esmero: la escarbadora, el rastrillo, las dos paletas... procura no levantar demasiado polvo; cuando es necesario emplea las manos, hasta llegar al codo en el que se ha quedado incrustado un carbón a medio quemar, para recoger lo que olvida la paleta, para acariciar el armazón que pronto contendrá las llamas sagradas. El hollín le tizna un poco la frente y la nariz.

D. Alejo escucha sus resoplidos de esfuerzo y satisfacción mientras atiende las recetas de un parroquiano que no se entretiene más de lo necesario arrebujado en el grueso chaquetón. Tras la profunda limpieza, Chus deposita, cuidadoso, dos hojas de papel un poco arrugado, las rodea con astillas secas, restos de cajones de fruta, arrima la llamita de su Zippo. Coloca con precisión dos leños no muy grandes. Espera. Otros dos un poco mayores. Espera, recreándose. Prepara la boca superior de la caldera con mimo, le

introduce las paletadas de antracita como cucharaditas de papilla a un tierno infante. Ya hay brasas sólidamente asentadas. Más antracita. Consulta el barómetro, el termómetro, palpa los radiadores, los tubos que los alimentan. Contempla su creación con orgullo y espera la complacencia de D. Alejo.

- Claro está que fuiste el mejor, Chus. Pena de jubilación. Pasa por aquí, que puedas lavarte un poco. No sabes el favor que me has hecho, hombre.

- De nada, D. Alejo. Ya ve, para mi, una gloria.

- Bueno, cuéntame ahora eso que te trajo por aquí.

- ¡Ay! Eso va a tener mal arreglo. El cura no supo darme solución. Pero usted es de otra pasta. Que siempre me ha tratado bien, digo, no como los otros.

- Sí, hombre, sí. Cuenta. Verás que encontramos camino, tú tranquilo.

- El caso es que viene de antiguo pero que se complicó el domingo pasado. Y la culpa es de Lorenzo el Gato.

- ¡Qué Lorenzo, si le enterramos hace quince días!

- Pues eso. Que me ha escrito.

- ¡Venga ya! ¡No me toques L...! ¡Por Dios, Chus!

- Ya sé que soy un poco así... bueno... del todo tonto no, que siempre me gané la vida, y ya lo vio usted, el mejor fogonero de la cuenca. Y a fuerza de pescozones D<sup>a</sup> Pura la maestra me enseñó a leer. Lo de las cuentas ya no, pero los números sí, para los aparatos bien que los necesitó.

- Lo que tú eres, es más bueno que el pan, Chus, y si no fuiste una lumbrera, pues eso que has ganado, que a veces, tanto pesquis no trae más que complicaciones.

- Eso digo yo. ¿Ve como con usted es otra cosa?

- Venga, explícate sin rodeos. ¡Que te escribió El Gato! ¡Pobre Lorencín! ¡Que Dios le tenga en su seno!

- ¡Qué va! Se ha ido al infierno, D. Alejo. Y el caso es que no parecía mal bicho el Loren, pero quién sabe lo que hay allá...

- Al infierno ¿eh? Vamos, hombre...

- El caso es que me manda una carta... sin sellos, que allá no se usarán, vaya usted a saber, y el caso es que... bueno... es que..

El boticario observa el rostro del inocente viejo, descarnado y enrojecido, con sumo interés, entre preocupado y divertido, incrédulo, dejando que su ánimo oscile entre la estupefacción y la piedad.

- Pues eso, que se les ha roto uno de los hornos principales y que él, que ya lo sabe usted, que es un charlatán, pues que les habló de mí y que me están esperando.

- ¡Virgen Santísima, qué barbaridad!

- Pero lo peor no es eso. Por mi, encantado de ir a solucionarlo y que dice el Lorenzo que tampoco se está tan mal allí. Pero no puedo.



- Naturalmente. No vas a morirte para darles gusto... vamos que... ¡oye, ni se te ocurra...! Será posible...

- Tampoco es eso. Es que a lo mejor usted no lo sabe. Usted se acordará de Manolita...

- La hija del Morros... sí hombre... no te habrá escrito también.

- ¡Qué va! ¡Ya me hubiera gustado! Pero ella era así, ya sabe... no pudo ni ir a la escuela. Pero lo que dice usted, que no era una lumbrera ... y guapa, guapa, pues no sé... pero a mí... eso... que yo la quiero así.

- ¿Estabas enamorado de Manolita, Chus?

- ¡Y lo estoy! ¡Qué pasa! El Morros me tiraba piedras si me acercaba a su casa, ni a la huerta me dejaba... ¡pero un día hablé con ella!

- ¡Ah!

- Hicimos un trato. Porque ella me quiere también, que me lo dijo aquel día. Y como aquí no nos dejaron, hicimos el trato.

- Un trato...

- Claro. El que primero se muriera, en vez de irse para allá, esperaría al otro a las puertas.

- A las puertas...

- A las puertas del Cielo, hombre. Porque ella sí que fue buena. Mi Manolita va al Cielo seguro. Y yo siempre quise serlo, creo que también. Y si ella me está esperando, que allí nadie va a estorbarnos, pues... ¡a ver cómo voy a ir al infierno yo, aunque sea para arreglar un horno importante!

- ¡Virgen Santísima de Covadonga!

- ¿Ve, cómo tengo un problema de los gordos?

- Desde luego. De los gordos.

D. Alejo sigue navegando entre la ternura y la risa. No se le ocurre respuesta, porque le desconcierta el cariz de la exagerada angustia del pobre niño-anciano. Mientras oscila su cabeza, como meditando mucho sobre la peregrina historia, Chus hurga en el bolsillo trasero del holgado pantalón, saca un sobre sobado y abierto a trompicones, extrae de él, con cierta dificultad la hoja de papel culpable del embrollo y se la ofrece al boticario, quién colocándose las gafas reconoce al punto la angulosa e inculta letra de Carolo el tabernero.

- Bueno, bueno, bueno... pues sí que tenemos un problema. Habrá que pensarlo, amigo, con estas cosas no se juega.

- ¿Verdá, D. Alejo? Ya me lo parecía a mí. Pues lo que usted diga.

- ¿Se lo has contado a alguien, Chus?

- A usted y al cura. Pero él me dijo que todo esto son majaderías y se acabó.

- Bien, verás. Lo cierto es que Lorenzo el Gato se fue dejándome unas cuantas cosas sin pagar... y ya que él se tomó la molestia de escribir, pues estoy pensando que tú me dejas la carta esa y le contesto yo. Te disculpo, no

te preocupes, ya se me ocurrirá algo, y le recuerdo lo que me debe. Pero claro, a cambio tú tendrás que ganarte un poco más el Cielo...

- Hombre, yo...

- Mira que Manolita espera, y si ve que te sigues emborrachando...

- ¡Bah! Unos vasitos de nada algunos días... y que me invitan casi siempre...

- Ya, qué me vas a contar... como si lo viera... Pues quedamos en eso, si tú no vuelves por casa de Carolo, de lo otro me encargo yo.

- Bueno... ya veremos... ¿Y que le va a contar al Loren?

- Ya se me ocurrirá algo, ya sabes que yo...

- Ya, ya, que para eso está usted estudiando. Entonces ¿no me preocupo?

- Eso es. Pero yo cumplo si tú cumples: no se lo cuentes a nadie y se acabó el vino.

- Contarlo, descuide usted. Estaría bueno, para que no se lo crean y se rían más de mí. Lo otro...

- Anda... ve tranquilo. Gracias por encenderme la estufa. ¡Ah! Esta tarde nos pasamos D. José y yo por la taberna, que vamos a felicitarle las Pascuas al Carolo. ¡Que no te pille allí!

- Descuide... Oiga D. Alejo...

- ¿Qué?

- Que felices fiestas...

D. Alejo sonríe, comprensivo, y espera a que Chus desaparezca calle abajo para darle libertad a una lágrima que rueda anunciando otra Navidad.